

---

## 7. El infierno y la esperanza cristiana

---

¿Tiene el infierno un lugar en la reflexión sobre las realidades últimas del hombre? A primera vista parece que no. Es el atolladero del movimiento creador, contradice la vocación del hombre llamado a comulgar en el misterio filial (cf. 1 Cor 1, 9). Dios no lo ha creado, porque es contrario a su voluntad. Dios no crea lo que es la negación de su amor. Dice: «¡Que sea la luz!» (Gén 1, 3), no dice: «¡Que existan las tinieblas!». El infierno es lo no-querido por Dios, no forma parte de los fines últimos del hombre, ni constituye de ninguna manera su más-allá, porque su más-allá está en la apertura a Cristo.

Se podrá objetar que está escrito que el mismo Dios ha encendido el fuego del infierno. «¡Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles!» (Mt 25, 41). Las imágenes utilizadas por la Escritura tienen un significado que hay que saber interpretar. Según el mismo texto evangélico, Cristo se sienta en un trono, parecido a un juez en el tribunal: ¿tendrá necesidad de una sede para juzgar? ¿habría construido con anticipación una prisión, la gehenna, encendido un fuego para arrojar en él a los culpables? Conocemos la frase del párroco de Ambricourt: «El

infierno, señora, es no amar»<sup>1</sup>. Dios no ha creado una cosa así.

Se dirá con mucha razón: Dios es justo, la justicia debe condenar el mal. Si el infierno no es un lugar creado por Dios, al menos es un castigo infligido por él. Pero ¿en qué consiste la justicia divina? ¿se ejerce golpeando al pecador? En la Escritura, se identifica con la santidad, y ésta actúa en el hombre santificándole. Se identifica con el Espíritu santo que es amor.

Es preciso repetir aquí<sup>2</sup> que la justicia divina actúa en cada hombre que acoge la justicia que está en Cristo (Rom 3, 23-26) «resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 25). Luego, no se dirá «el amor de Dios reina en el cielo, su justicia se ejerce en el infierno». Esto es ajeno a la justicia de Dios, es su negación. La justicia triunfa en el cielo, donde se comunica.

Es verdad, la Escritura del nuevo testamento tanto como la del antiguo habla de «la cólera de Dios que se abate contra toda impiedad»<sup>3</sup> (Rom 1, 18). Pero en el paso del antiguo al nuevo testamento algo ha cambiado en la representación de esta cólera: «justificados por su sangre, seremos salvos de la cólera» (Rom 5, 9), «viviendo en la esperanza de la vuelta de su hijo Jesús, a quien resucitó de entre los muertos y que os ha librado del castigo futuro» (cf. 1 Tes 1, 10). La verdadera voluntad divina se expresa en Jesús, en quien Dios quiere salvarnos de la cólera futura. ¿No significa esto, que esta cólera es contraria a la voluntad de

1. G. Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, Paris 1936, 136.

2. Cf. *supra*, 37-38.

3. X. Léon-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona <sup>13</sup>1985, 429s: «Desde el mensaje del Precursor (Mt 3, 7 par) hasta las últimas páginas del nuevo testamento (Ap 14, 10), el evangelio de la gracia mantiene la ira de Dios como un dato fundamental de su mensaje».

Dios? No es lo propio de Dios, que quiere la salvación del hombre.

La voluntad de Dios está inscrita en Cristo muerto por todos. No es otra que la que se expresa en esta muerte-por-todos. La cruz de Jesús trae la justificación, se opone a la condenación. Dios no trae el castigo, como nos lo harían creer algunas representaciones del antiguo testamento. Pero el hombre, oponiéndose al amor al que está llamado, se retrae a un terreno en el que no hay amor. Se instala fuera del Dios de amor, en un lugar donde no hay ni palabra de amor. Por consiguiente, se llama *cólera de Dios*.

Dios es Padre, su divinidad está en la paternidad infinita con respecto al Hijo. Ahora bien, ni castigar, ni arrojar a las tinieblas es obra de engendramiento: su justicia se ejerce engendrando. El infierno no tiene sentido ni en Dios que crea engendrando, ni en el hombre creado para ser hijo de Dios. Es absurdo.

Como es también absurda la eternidad del infierno. El tiempo, en la tierra, es un devenir en su recorrido, abierto a la esperanza posible. En el cielo es un llegar a su cumbre, una realización actual en su plenitud. La eternidad de Dios es la de un engendramiento infinito. La eternidad del infierno es la de un ser paralizado, un movimiento bloqueado, un tiempo cerrado, vuelto contra sí mismo, desesperado. Es la contradicción de la noción que tenemos del tiempo: una eternidad al revés.

¡Sin embargo, el absurdo puede existir! Siendo el pecado contrario al sentido del hombre, todo pecado conlleva una parte de absurdo. El mundo demoníaco es el absurdo mismo. Ahora bien, este mundo existe y Jesús lo ha desafiado: «Si yo echo los demonios con el dedo de Dios...» (Lc 11, 20). Pero el infierno absurdo también es posible para los hombres. Dios los crea amándoles y con la capacidad de ser amados. Los crea libres porque sin libertad no hay amor.

Jesús los pone en guardia contra el mal uso de la libertad, deja planear sobre ellos la amenaza del rechazo fuera del Reino.

La existencia de hombres excluidos no testimoniaría contra el Dios de amor y de misericordia. Porque el amor crea para amar y ser amado, suscita, contra su voluntad, el infierno en el corazón de quien rechaza el amor. Es el hombre quien, del don, hace una condena, quien se establece en la simultaneidad de su creación por Dios y de la contra-creación, en la permanente destrucción de su persona creada para la relación.

Pero ¿existen hombres que se construyan su infierno, condenados sin que Dios los condene? ¿habrá muchos? Un día preguntó un discípulo: «Señor, ¿son pocos los que se salvarán?». Jesús no respondió a esta pregunta, hizo una llamada al esfuerzo: «¡Esforzaos en entrar por la puerta estrecha!» (Lc 13, 23s). Siempre la misma llamada, ponerse en guardia, porque la puerta es estrecha para quien no se esfuerza por entrar. Y en cuanto al número, grande o pequeño, de los salvados, la respuesta de Jesús nos deja en la ignorancia<sup>4</sup>. La Iglesia no cesa de repetir sus llamadas a la vigilancia. Pero si ha canonizado a muchos de sus miembros, declarando que viven junto a Dios, jamás se ha pronunciado sobre la condenación ni siquiera de los peores criminales.

La Iglesia ora por toda la humanidad, «eso es bueno y grato ante los ojos de nuestro salvador, Dios, que quiere que

4. Está también la frase: «Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos» (Mt 22, 14). Pero los exegetas no ven en ella una declaración sobre «el pequeño número de los escogidos». En Mt 24, 22-24, «los elegidos» son miembros de la comunidad de los discípulos. Si, de hecho, Jesús ha concluido así la parábola del banquete nupcial (Mt 22, 14) —falta en el texto paralelo de Lc 14, 16-24— puede significar: muchos (es decir, la multitud) han sido llamados por la predicación de Jesús, bien pocos, en comparación, han seguido la llamada.

todos los hombres se salven» (1 Tim 2, 4); «Dios no quiere que nadie perezca» (2 Pe 3, 9). Esta voluntad es universal, y está contenida en el amor ilimitado de Dios por su Hijo que engendra en el mundo: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único... no para juzgar (condenar) al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 16s). Engendrando al Hijo para todos, se hace el Dios-Padre-para-todos. Su voluntad de salvación es universal y absoluta, en el amor que tiene a su Hijo. Ningún pecado es equiparable a la medida de esta voluntad de salvación. El sí de Dios es más grande que el no del pecador; está en otro orden de cosas, es divino. El no de la criatura, ¿prevalecerá contra este sí infinito?

La misma crueldad del infierno eterno permite esperar que Dios, padre de todos, pondrá en acción la omnipotencia de su gracia para la salvación de todos. El pensamiento terrorífico del infierno arroja al hijo de Dios en los brazos del Padre, lleno de confianza en su amor por todos. Dice: «Yo espero en ti por todos»<sup>5</sup>.

Sin embargo, Dios propone sus dones, no los impone. El hombre es libre. Pero Dios, ¿no sabrá proponerlos de forma que el hombre no se oponga? El es el creador de la libertad, incluso es el que hace al hombre capaz de ofenderle. ¿No podrá lograr infaliblemente que el hombre acepte libremente su salvación?<sup>6</sup>

La libertad del hombre en la tierra es limitada. No puede poner ya desde ahora el acto definitivo, ni para bien ni para mal, que decida para siempre un destino. El pecado busca

5. G. Marcel, *Homo viator. Prolégomènes à une métaphysique de l'espérance*, Paris 1993, 77 y 85. Citado por L. Blain, *Deux philosophies centrées sur l'espérance*: Concilium 59 (1970) 86.

6. En una oración sobre las ofrendas, la liturgia pide: «Nostras etiam rebelles compelle propitius voluntates (incluso si éstas son rebeldes, fuerza nuestras voluntades)».

penetrar en lo más profundo del hombre, pero no logra jamás, en la tierra, identificarse totalmente con él. Si no, el hombre estaría en el infierno incluso antes de morir.

Para pasar de una vida terrestre, muy santa incluso, a la santidad celeste, es necesaria una gracia suprema, sobrehumana, la de un total morir fuera del mundo hacia el Padre, en comunión con Cristo. Para la elección absoluta del mal en un acto de autocondenación, ¿no debería disponer el hombre, en su muerte, de una libertad superior a la que gozaba en la tierra, de una fuerza no ya sobrehumana sino casi inhumana, en la línea de sus pecados ciertamente, en oposición a su ser humano creado para el amor y la ternura, para la verdad y la belleza? Ha sido creado en Cristo y hacia él (Col 1, 16), y este Cristo es todo lo que el hombre puede desear. Es la eterna infancia de Dios, la irresistible inocencia del Hijo en su nacimiento. Su encanto podría insinuarse, ciertamente, en el último resquicio que, antes de la muerte, subsiste incluso en el corazón más duro<sup>7</sup>.

¿Quién sabría decir lo que ocurre en la muerte, esta muerte que en el plan creador está destinada a hacer pasar al hombre de la tierra al cielo? Jesús es el juez del hombre, en tanto que es su salvador, su abogado, el Hijo de Dios muerto por este hombre, el pastor que busca a la oveja hasta los límites extremos de sus extravíos. El hombre ha podido distanciarse mucho. Pero en su encarnación, el Hijo se ha dejado llevar más lejos en su alejamiento existencial, al extre-

7. Esta consideración puede parecer sin valor para quien piensa de un modo jurídico y no personalista. En efecto, si el papel de la justicia divina fue contabilizar los desmerecimientos de un hombre y de infligirle al final de la vida la pena correspondiente, entonces la reflexión desarrollada más arriba sería inútil. Esta vale, si se considera la condenación eterna como inherente al rechazo absoluto opuesto por el hombre al don de Dios. Parece bien que los pecados cometidos durante la vida terrestre no constituyan todavía el rechazo absoluto que corresponde al infierno.

mo opuesto de la vida-plena y de la omnipotencia de Dios: en la extenuación absoluta de su muerte, más pobre que la de todos los hombres juntos, ya que era la muerte de un hombre Hijo de Dios, divino, vivida hasta el infinito en el despojo, capaz de englobar en su inmensidad, a la multitud de los hombres en su muerte. Este alejamiento fue, no obstante, para el corazón de Cristo, la aproximación más íntima al Padre, en una sumisión y una acogida ilimitadas. Jesús entraba en comunión infinita con el Padre en favor de todos, es decir, para asumirlos en su muerte filial.

Ningún hombre habrá estado tan lejos en la desobediencia como Jesús en la sumisión; su santidad es inmensa, más que el conjunto de los pecados de todos los pecadores. Esta muerte infinitamente santa le fija en el corazón de la multitud de estos seres-para-la-muerte, a fin de que en él, todos puedan morir en un nacimiento eterno.

Se puede pensar también que al llegar aquí, el hombre se encuentra libre del poder del pecado, ese lastre original que pesa sobre el mundo (Rom 5, 12), seduce al hombre, le engaña y le retiene con mil ataduras. Fue entregado a esta fuerza al venir al mundo, ahora sale de él. Alcanza el instante que está más-allá de la relación con el «Adán pecador», ante al único poder de su Padre creador<sup>8</sup>.

Parece que la gran pregunta es ésta: ¿qué pasa en la muerte? Los ángeles no tienen la posibilidad de morir. Tampoco podemos imaginarnos la salvación de los ángeles caídos. No es éste nuestro problema, se lo dejamos a Dios. Pero si Dios crea al hombre mortal, lo crea para conducirlo por la muerte a la verdadera vida. Destinada a introducirlo en la vida eterna, ¿no es la muerte el momento de una gracia última? ¿no es el signo de la cruz del Hijo<sup>9</sup>, «en la que es-

8. Cf. *supra*, 27-28.

9. Cf. cap. 3, nota 16.

tuvo colgada la salvación del mundo»? *O Crux ave, spes unica!*<sup>10</sup>. ¿Qué pasa en la muerte?

El cristiano desea la salvación de todos. Sin este deseo, ¿sería hijo del «Padre de las misericordias» (2 Cor 1, 3)? «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» (Lc 6, 36). Este Padre «quiere que todos los hombres se salven» (1 Tim 2, 3). De ahí el deber de orar por todos: «Os recomiendo, ante todo, que se hagan peticiones, oraciones y súplicas por todos los hombres» (1 Tim 2, 1). El cristiano ora y espera. ¿Deberá orar por la salvación de todos, sin la esperanza de ser escuchado? Amando a todos los hombres tanto como a sí mismo (Mt 22, 39 par), espera para todos como para sí mismo. Amando a Dios, ora y espera de Dios, que sea en todos lo que es: el Padre que crea para la vida eterna.

La esperanza no afirma con seguridad: «Todo el mundo se salvará. El infierno existe, pero yo creo que está vacío». Esta manera de hablar que es frecuente en nuestros días, carece de humildad ante el misterio. La esperanza es humilde, no habla tan alto:

«Esta pequeña esperanza que parece  
una cosita de nada,  
esta pequeña niña esperanza,  
inmortal»<sup>11</sup>.

Ama y ora y se abandona por todos a la omnipotencia del *Padre de las misericordias*.

Incluso los mayores criminales, los que matan a sus hermanos de múltiples maneras, tienen intercesores en el cielo. Dios salva a sus víctimas, y éstas, una vez salvadas, oran por sus verdugos, fieles a la palabra: «Amad a vuestros enemigos, orad por los que os persiguen, así seréis hijos de vuestro Padre» (Mt 5, 44s). ¿No podemos pensar que Dios

10. Himno *Vexilla regis* y liturgia del viernes santo.

11. Ch. Péguy, *Palabras cristianas*, Salamanca <sup>5</sup>1982, 27.

les escuchará, *a fin de que su alegría sea perfecta* (cf. Jn 16, 24), la alegría de dar la vida eterna a quienes les han quitado la vida en la tierra? Para los verdugos, la felicidad estará en pedir perdón eternamente a sus víctimas y recibir por ellas la vida del cielo. Una alegría tal que subvierte todas las normas, que da la vida a quien os la ha quitado, ¿no es de naturaleza divina? Esta es la de Dios que da la vida eterna a los hombres asesinos de su Hijo.

Muchos santos han orado por la salvación de todos en el deseo y la esperanza<sup>12</sup>, pues estaban animados por el Espíritu santo. Muchas palabras de esperanza han sido pronunciadas por ellos inspirados por este mismo Espíritu. Como ésta: «El alma se cansa de pecar antes de que Dios se cansé de perdonar»<sup>13</sup>. Y esta otra: «Si se presupone una unión de amor con otro, entonces puede desearse para el otro como para sí mismo... en este sentido, se puede esperar para otro la vida eterna, en tanto que se está unido a él en el amor»<sup>14</sup>.

Esta esperanza no paraliza a la Iglesia. La anima a seguir a Cristo hasta el extremo del *esfuerzo de vuestro amor* (1 Tes 1, 3), de la caridad *que se da afanosamente* (Rom 16, 12). «Haré de vosotros pescadores de hombres», dice Jesús (Mc 1, 17). La Iglesia se compromete, en una gran tarea de fe y de esperanza, para que el infierno posible no llegue a ser para nadie una realidad<sup>15</sup>.

12. Cf. algunos testimonios en H. U. von Balthasar, *Espérer pour tous*, Paris 1987, 87-103.

13. Santa Teresa de Jesús, *Vida* 19, 15.

14. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica* II-II, q. 17, a. 3.

15. Cf. el libro de H. U. von Balthasar citado más arriba y el ardiente alegato sobre la esperanza en el artículo de G. Martelet, *Malédiction, damnation, enfer...*: *La Vie Spirituelle* 147 (1992) 59-75.

